

Una presencia ciudadana evangélicamente significativa

Carlos Garcia de Andoin

Director Instituto Diocesano de Teología y Pastoral. Bilbao
Doctor en Ciencias Políticas, Licenciado en Teología y en Psicología

En el frontispicio del concilio Lumen Gentium dice: “la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). Signo e instrumento de la fraternidad humana en Dios. Así, cada domingo nos reunimos a celebrar la comunión de la Eucaristía. Comunión con Dios en Cristo, con los hermanos, con los empobrecidos, con los enfermos, con los seres vivos y la naturaleza expoliada, con los santos que nos precedieron, con ese misterioso universo de galaxias sin fin. Comunidad católica que también practica el sacramento del perdón para restablecer la comunión tantas veces quebrada con Dios, con los hermanos, con el planeta, nuestra casa común. ¿Qué lectura hacer de esta misión en la sociedad española de hoy?

Nuestro país se enfrenta a enormes desafíos en el plano socio-económico, en el cultural y en el político. Se multiplican y agrandan las fracturas: desigualdad creciente a pesar de la vuelta a un crecimiento que ya apunta enfriamiento; individualismo y fragmentación cultural, multiplicados por las redes sociales, dando lugar a nuevas formas de tribalización social; resquebrajamiento de los consensos políticos de las últimas décadas, sobre la Constitución, el Estado de las autonomías y el Estado social. También en la relación con la Unión Europea.

A pesar del ciclo de crecimiento económico y de las nuevas formaciones políticas, una década después, persiste un hondo malestar. Nos falta el mínimo de seguridad, de acuerdo, de cohesión, sobre las condiciones de existencia de la misma sociedad. Sin una comunión básica no hay sociedad.

Esta ausencia no es ajena al papel de la religión en la vida pública. Durkheim¹, uno de los

1 Durkheim, Émile (1912). *Las formas elementales de la vida religiosa*.

padres fundadores de la sociología concluyó a través de su estudio de las religiones, que lo más específico de la religión era precisamente su capacidad para crear vínculo social, esto es, para, a partir de individuos y grupos aislados, constituir sociedades.

La cuestión que plantea este escrito es sobre la misión evangelizadora en las concretas circunstancias que atraviesa España, con el propósito de centrar el eje de la misión de la comunidad cristiana católica precisamente en esta tarea de construcción de vínculo social, *ethos* cívico, solidaridad e inclusión social, identidad compartida cuando hay tantos vectores de fuerza que disgregan y desgarran, que excluyen y marginan, que dividen y enfrentan, en nuestra sociedad.

1. En una sociedad más plural y secularizada

La pretensión de realizar una aportación efectiva por parte de la comunidad cristiana a la sociedad debe partir de una clara conciencia sobre su posición actual. Es evidente que no puede serlo desde los parámetros del nacional-catolicismo, pero tampoco desde el modelo implícito de una Iglesia conciliar mayoritaria en una España democrática. Este se planteó en el último cuarto del siglo anterior, con ocasión de los Congresos “Evangelización y hombre de hoy” (1990) y “Parroquia Evangelizadora” (1995). Presuponían toda la plausibilidad cultural propia de una religión mayoritaria. Esto ya es pasado.

Hoy, fruto del cambio epocal y de sucesivas olas secularizadoras, se han producido cambios entre los que cabe destacar tres:

- a) la destradicionalización, que no afecta sólo a la religión, también a la cultura y singularmente a la política. Sólidas y ampliamente aceptadas referencias cultural-religiosas están desapareciendo del sustrato cultural común de las nuevas generaciones en lo que se denomina la exculturación del cristianismo. Que este impacto pueda ser mitigado en las zonas en que la religiosidad popular goza de notable arraigo, como es el caso de Sevilla, no permite menospreciar la radicalidad del mismo y de sus consecuencias para la Iglesia católica.
- b) el pluralismo cultural y religioso, de la mano de la globalización y de los movimientos migratorios, por el que la religión pasa en el individuo del destino a la opción, reduciendo las certezas, ampliando incertidumbres e introduciendo consecuentemente fuertes dosis de relativismo, como expone P. Berger. El “mundo dado por garantizado” (A. Shütz) ha perdido la autoridad indiscutible y autoevidente de que gozó en el pasado.
- c) la grave crisis del liderazgo intermedio en la comunidad cristiana. Por envejecimiento de curas, vida religiosa y laicado. También por rigidez de concepto ministerial. Hay posibilidades de liderazgo desaprovechadas por inadecuación de formato, que impide o dificulta el acceso de mujeres, laicos y casados en la renovación de la ministerialidad de la Iglesia. En tiempos de tempestades, nos estamos censurando el recurso a renovar el pilotaje.

En *Evangelii gaudium*, Francisco describe bien la desertización espiritual de países europeos como el nuestro. “Es cierto que en algunos lugares se produjo una «desertificación» espiritual, fruto del proyecto de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas. Allí «el mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena»” (EG 86)

Así pues, la pregunta sobre la contribución de la comunidad cristiana a los retos de la cohesión de la sociedad española, no la hacemos desde la fuerza social ni desde las certezas. Sino desde una situación interna de crisis y compartiendo con la sociedad tantas precariedades como incertidumbres. Es, desde aquí, desde donde efectivamente se ponen a prueba la fe y todo el capital simbólico del Evangelio, cuando la barca zozobra en medio de la tempestad y hasta Pedro siente miedo, cuando se hunde en el mar que pisa.

2. Repensar la misión desde condiciones de subcultura

En medio de esta situación, un primer escenario posible es ciertamente el abandono o la disolución acomodaticia. De las Iglesias de Hipona y Cartago, en las que fueron obispos Padres de la Iglesia como San Agustín o San Cipriano hoy sólo queda algún resto arqueológico. No obstante, estimo que hay dosis de identidad, catolicidad, universalidad y tradición suficientemente consistentes para pensar que todo acabe en España en monumento y arqueología. Estimo, por el contrario, que el dilema está entre un catolicismo devenido en gueto insignificante o una subcultura significativa.

Una subcultura, si es significativa, esto es, si tiene una identidad propia y a la vez mantiene una relación viva con la sociedad y la cultura común, podría ser signo e instrumento eficaz de Reinado de Dios en la historia. Puede serlo incluso en mayor medida que una cultura mayoritaria descafeinada de catolicismo sociológico. No es una quimera, si analizamos la Cabe aducir dos ejemplos, el movimiento ecologista y el feminista. En los 60 y 70 eran movimientos minoritarios que con el tiempo se han convertido en vectores determinantes de la transformación de la sociedad, en el plano cultural, en los tipos de familia, en el jurídico-político y también en el económico, empresarial y laboral.

Sin duda, tenemos ante nosotros el reto de construir y buscar una nueva ciudadanía en la sociedad, no disuelta, sino evangélicamente significativa. Una ciudadanía que actúa desde la subjetividad de la sociedad plural. Ser un grupo en la sociedad afecta a la relación de la comunicad católica con las instituciones públicas: es uno más. Afecta también a la relación con los ciudadanos, con los fieles, es una opción más. Modifica la relación con otras fuentes de sentido y religiones: siendo otra más.

En estas condiciones, la credibilidad no está dada, hay que ganarla. Llevará tiempo. La vuelta al Evangelio con humildad, no dando lecciones; con autenticidad, desde la vida y el compromiso vividos, no con palabrería hueca; con la alegría sentida que contagia, no con esa severidad que echa para atrás; con una espiritualidad viva y vivida en el Señor, no ritualismo adormecido.... Son todas ellas condiciones necesarias para un anuncio creíble del Evangelio.

Se trata de ser sal, sal que sala. Pero también ser luz, que no se esconde bajo el celemín. Con testimonio callado, pero también con pretensión cultural y pública. En la convicción de que el servicio de la fe es un bien público.

Toca construir un catolicismo en condiciones de pluralismo y de subcultura; un cristianismo ciudadano que vive su conciudadanía desde la experiencia del Señor, crucificado y resucitado: ciudadanía *en el Señor*, evocando a Pablo de Tarso.

En el texto de *Evangelii gaudium* ya citado nos dice Francisco ¡No nos dejemos robar la esperanza! Lo hace a partir de la lectura creyente del momento de desertificación que padecemos en estas latitudes. Dice, que precisamente desde la experiencia de desierto podemos descubrir de nuevo “la alegría de creer”, su importancia vital, porque “en el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir”. Hay signos de sed de Dios, de sentido último de la

vida ante los cuales “se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza». Nos llama a ser ahí “personas-cántaros para dar de beber a los demás”. Ser comunidades nutridas del agua viva, capaces de dar de beber del pozo de Samaría (EG 86).

3. Socio-económico: ante la desigualdad creciente

Ha pasado más de una década de la Gran Recesión. El Informe 2017 de la Comisión Europea, constata en España los elevados niveles –y al alza– de desigualdad, pobreza y exclusión social. De los más elevados de la Unión. En tierras extremeñas se sabe de esto, con pueblos que destacan entre los que padecen más bajos niveles de renta de España. Las cicatrices de la Gran Crisis están ahí. A pesar de la creación de empleo y la reducción del paro las tasas de pobreza y exclusión social “se han traducido en caídas mínimas”. Se extienden la precariedad y el subempleo.

Los Informes Foessa de Cáritas corroboran la gravedad de la situación a pesar de la salida de la crisis. En el Informe de 2017 constataban que tres años después del inicio del nuevo ciclo económico, el 70% de los hogares no había percibido en su vida cotidiana los efectos de la recuperación económica. En el caso de los hogares bajo el umbral de la pobreza, sólo un 9% percibe que la recuperación económica haya mejorado sus condiciones de vida. En el año anterior señalaban “Una España a dos velocidades” que afecta especialmente a jóvenes, a mujeres, a segmentos con menos educación y poder adquisitivo (*Análisis y perspectivas*, 2016). Pero añaden una constatación: la salida divergente de la crisis de las diferentes comunidades autónomas: “Andalucía, Extremadura, Castilla-La Mancha, la Comunidad Valenciana, Canarias y las Islas Baleares se encontrarían en peor situación ante una eventual salida de la crisis, Cantabria, País Vasco, Navarra, La Rioja y Aragón se encontrarían en mejor situación, desde el punto de vista de la pobreza, la desigualdad y el desempleo más grave”. Las diferencias regionales apuntan a dicha salida divergente de la crisis en términos de desigualdad y bienestar.

Son necesarias valoraciones éticas, pero hay que ir más allá. Necesitamos propuestas; no demagógicas ni populistas, sino efectivas. Ello exige análisis. La globalización neoliberal ha traído grandes beneficios, si miramos la aldea global. En el conjunto de los continentes ha habido crecimiento no sólo económico sino mejoras notables en todos los índices de desarrollo humano: salud, educación, esperanza de vida, igualdad de la mujer, reducción de la pobreza extrema. La globalización ha beneficiado a los países en vías de desarrollo, reduciéndose la desigualdad en el mundo. De hecho, 800 millones de chinos e indios han salido de la miseria del campo para incorporarse a la fuerza laboral global. Sin embargo, la globalización, en el interior de países desarrollados, ha producido un aumento notable de la desigualdad (Reino Unido, USA, Francia, España...). La suma de globalización más revolución tecnológica ha traído aparejada deslocalización de empresas y precarización; pauperización del trabajo humano y fuerte presión a la baja sobre los costes del Estado de Bienestar. El cambio tecnológico ha privilegiado a las personas cualificadas, pero ha golpeado a sectores industriales, obreros no cualificados y trabajadores administrativos. El impacto va a ser mayor. Está en ciernes la cuarta etapa de la Revolución Industrial, la llamada Industria 4.0. y la automatización de tareas complejas va a expulsar del mercado de trabajo nuevos segmentos de trabajadores. Lo que Francisco llama “descarte”. Sus efectos en la cohesión social son demoleedores.

Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes» (*Evangelii gaudium* n. 53).

En este ámbito socio-económico la Iglesia, a través de Cáritas, goza de una notable estima por parte de la sociedad española. Es una gran fortaleza de la acción de la comunidad cristiana Iglesia en la contribución a la cohesión. Es efectiva, pero más aún, es simbólica. Es signo y profecía de una ciudadanía con virtud solidaria, una reserva de humanidad ante el dinamismo anti-humano del paradigma tecnocrático.

Una de las propuestas estrella de Cáritas es precisamente la de la renta de garantía de ingresos, como derecho de ciudadanía. Debe ser una exigencia urgente. La experiencia del País Vasco atestigua la importancia de este instrumento de política social. Más allá de este modelo se plantean propuesta de renta básica universal. La altísima productividad que propicia la tecnología hace sobrante el trabajo humano. Se está planteando seriamente en las élites mundiales, ante la revolución de la robótica que viene. De lo contrario, habrá revolución social, con sangre. Tengo mis reservas respecto a la RBU porque creo en la dimensión antropológica y social del trabajo asalariado. Creo mejor opción la combinación de la reducción del tiempo de trabajo y la renta de garantía de ingresos, así como la redistribución del ingreso a través de la educación y la salud, para configurar una nueva sociedad menos organizada en torno al trabajo asalariado.

En la contribución a la cohesión social, la comunidad cristiana ha de replantearse de nueva manera el valor social, ético y religioso de la empresa y del trabajo. Es el actor principal en la creación de riqueza. Se ha de superar la mentalidad que separa lo económico y laboral de la moral cristiana, para reducir esta al campo de la moral personal. Ejemplo de ello es el sacerdote Arizmendiarieta, líder de la experiencia cooperativa de Mondragón, quien impulsó un modelo de empresa fundado en una visión social, humanista y cristiana de la misma, y que ha sido declarado Venerable por el papa Francisco en 2015.

Por otra parte, la Iglesia debería ser más exigente en el descanso dominical, como dique frente a la dinámica de mercantilización. En el séptimo descansó dice el libro del Génesis. El domingo es el día del Señor. Hemos de ser más activos dentro de la Alianza europea por el descanso dominical. Exijámoslo a los grandes centros comerciales. Una buena medida para conciliar el trabajo con la vida familiar.

Finalmente quiero insistir en un punto. La dimensión ética de la fiscalidad. En Europa, los tres países que menos recaudan por IVA son Italia, Irlanda y España. El catolicismo ¿tiene algo que ver en una cultura ciudadana laxa hacia el pago de los impuestos? Desde luego, la presencia pública de la Iglesia no se caracteriza por legitimar la importancia de la fiscalidad para una sociedad más fraterna, ni por insistir a los creyentes y a sí misma, que la fe cristiana nos exige rigor ético en el cumplimiento de nuestros deberes fiscales.

4. En el ámbito cultural-educativo: fragmentación

Un segundo ámbito es el cultural, en el que incluimos el educativo. El pluralismo cultural, ético y cosmovisional avanza de modo acelerado, de la mano de la globalización y la digitalización de la vida cotidiana. En el plano social se deconstruyen instituciones, estilos de vida y valores compartidos. Individualismo y fragmentación se extienden en todos los órdenes de la vida en esta sociedad líquida (Bauman). Con acierto el papa Francisco denuncia una cultura “autorreferencial” clausurada al propio interés (*Evangelii gaudium* n. 2).

En lo personal no es nada fácil el proceso de construcción personal del individuo. Las familias, en sus formas y en sus itinerarios, así como en el ejercicio de su función reproductora y educadora, quedan expuestas a las oportunidades y a los riesgos de un pluralismo relativista. El cambio cultural y la secularización afectan de modo especial a la transmisión de la fe cristiana. En muchas familias hay conciencia de fracaso.

Explica bien Berger² cómo en la raíz de dos fenómenos de nuestro tiempo, en principio, contradictorios, como el relativismo y el fundamentalismo hay una base común: la pérdida de certezas. La diferencia estriba en la dispar reacción. En un caso, el relativismo, no hay certezas, no hay verdades. En el otro, aferrarse a una verdad (religiosa, filosófica, ideológica...) o a identidades, ante la incertidumbre y la anomía que se hacen insoportables.

En este contexto las religiones tienen ante sí una disyuntiva. También el catolicismo en España. Si juegan a favor de identidades fuertes de carácter nacional o si lo hacen en favor de un cosmopolitismo global, desde el horizonte de la fraternidad humana, como hijos e hijas, de una mismo Dios. En la nueva divisoria ideológica entre proteccionismo y cooperación económica; entre identidades civilizatorias y pluralismo cosmopolita; entre extremismo y tolerancia; entre apertura o portazo a los movimientos migratorios; las religiones habrán de elegir, con qué bando juegan. Si se inclinan por el *wasp*, la afirmación supremacista del blanco, anglosajón y protestante que plantea S. Huntington³ o por el *melting pot*, la tolerancia intercultural de mezcla de etnias y lenguas. La posición ante los inmigrantes es el crisol de verificación de la apuesta. A pesar de la claridad del mandato bíblico de acoger al inmigrante, históricamente el cristianismo ha ejercido un determinante papel en la construcción de las identidades nacionales frente al otro, al diferente o al enemigo. La apuesta de Francisco en la relación entre religiones es clara: la “sobrereabundancia de diálogo y el extremismo del amor”, como dijo en Egipto (29 de abril de 2017).

Quiero mencionar en este ámbito el papel de la Iglesia católica en España en los procesos de integración de las personas migrantes. La fe está operando como factor de integración en las comunidades de los inmigrantes latinoamericanos y africanos católicos. Pero, además, es de elogiar la actitud ante la inhumanidad de las políticas inmigratorias europeas, y española en particular. Ha sido positiva la implicación de los obispos con ocasión de la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado. Se han abandonado las vagas proclamas de valores. Denunciaron el comportamiento del Gobierno “que no ha cumplido con el cupo de acogida de refugiados que estaba previsto”; han exigido el cese de las “expulsiones sumarias” en la frontera Sur y el cierre de los CIE, los Centros de Internamientos de Emigrantes.

Se podrían plantear en este campo muchos diagnósticos y propuestas. Destacaré cuatro prioridades que requieren un cambio de actitud de la comunidad cristiana en relación con la vida pública en España.

La opción por la construcción de los valores comunes. Los valores pre-políticos que sustentan la convivencia son el resultado de la deliberación y de la convención. De poco sirve apelar a una ley natural que como decía Bobbio “ni es ley, ni es natural”. La carta de los Derechos Humanos es suficiente y exigente marco de convención ética para exigir legislación positiva en los Estados de acuerdo con la dignidad humana.

La prioridad de la pastoral de la misericordia –que no es paternalismo hueco, sino aceptación exigente- hacia las diferentes situaciones y tipos de familia existente. Se trata de salir de la condena hacia otras formas de familia para afirmar la acogida de las diferentes situaciones y el ofrecimiento de lo sustantivo de la propuesta cristiana del amor familiar basada en la entrega mutua, el estilo evangélico de vida y la educación y cuidado de los hijos. *Amoris Laetitia* propone una nueva forma de acercamiento a esta realidad en esta dirección.

El impulso activo y verdadero del Pacto educativo, una demanda de la sociedad. No sólo como exigencia a los demás, principalmente a los partidos, sino también como disposición a

2 Berger, Peter (2016) *Los numerosos altares de la modernidad*. Salamanca. Sígueme.

3 Huntington, Samuel (2004) *Quiénes somos. Los desafíos a la identidad estadounidense*. Barcelona, Paidós.

transigir por parte de la propia Iglesia. Cuatro reflexiones. En primer lugar, situarse la Iglesia no desde la defensa de los intereses corporativos, sino desde los retos globales de la educación. *Global Education Futures Forum* ha predicho que las próximas décadas verán los cambios educativos más radicales desde la aparición de los sistemas nacionales de educación. Porque las personas, los sistemas educativos, y las sociedades deben aprender, al menos, a la misma velocidad con que cambia el entorno. Los cambios van a ser cada vez más acelerados, lo que obliga a fomentar y construir una “sociedad del aprendizaje”. En segundo lugar, teniendo como interlocutores a expertos cristianos embarrados en el compromiso educativo. En tercer lugar, apelando antes que a los Acuerdos Iglesia-Estado al artículo 27 de la Constitución, el gran pacto educativo de la transición española.

Cambio copernicano en relación a la mujer. Las religiones están actuando en este ámbito como el depósito de la tradición patriarcal de nuestras culturas, siendo refractarias a un cambio cultural de los que marcan la historia. Urge dentro de la Iglesia un reconocimiento efectivo de la igualdad del hombre y la mujer, incluyendo sin rodeos, el acceso de la mujer al ministerio ordenado. El cambio ha de ser profundo. En el lenguaje, en el imaginario religioso, en las actitudes en la relación que se basan en una concepción maternal de la mujer y en una visión paternalista en el trato hacia ella. Son muy diversos los ámbitos en los que se expresa la dominación y preeminencia de los varones. Por otra parte, el conflicto histórico entre la Iglesia y el movimiento feminista en relación al aborto, no puede impedir la cooperación en una agenda en que las confluencias son numerosas: vientres de alquiler, gap salarial, abuso sexual, trata y prostitución...

Por último, la aportación cristiana en el ámbito cultural requiere de la comunidad cristiana una apuesta clara por la laicidad, por el Estado laico. Sin miedo. Es condición de convivencia, más aún ante el creciente pluralismo religioso. Creencias diversas, ciudadanos iguales. Es tentador y beneficioso –a primera vista– para una religión guarecerse a la sombra del Estado. La parte asociada al todo. Es clave en los procesos de construcción de hegemonía social. No son claros los beneficios a largo plazo. Aquí seguimos pagando las consecuencias del nacional-catolicismo. Eso sí, una laicidad incluyente, no la privatizadora, que quiere recluir la religión a la vida privada. La religión tiene todo el derecho a actuar con libertad en la vida pública. En sujeción a la ley, siempre, y desde el reconocimiento de la legitimidad secular y democrática del Estado.

Francamente, la secularización del cristianismo en nuestras sociedades no procede principalmente de la agenda laicista. Creo, más bien, que la competencia procede de la utopía digital o de la tecno-salvación. La biotecnología se erige en promesa de salvación. Urge un discernimiento lúcido sobre la biotecnología y el transhumanismo y sus promesas de superlongevidad (“vida eterna”), superinteligencia y superbienestar (abolición del sufrimiento).

5. En el ámbito político: fuerzas centrífugas

Finalmente, el ámbito político. En España, a la habitual divisoria entre izquierda y derecha, especialmente enconada en los últimos años, se añade la confrontación nacionalista, mitigada ahora en el País Vasco tras la derrota del terrorismo, pero exacerbada en Catalunya por la vía unilateral de las fuerzas soberanistas.

A estos dos ejes, se ha añadido en el surco de la crisis, la dialéctica entre nueva y vieja política. El distanciamiento entre partidos y sociedad era evidente. Sin embargo, del “no nos representan” del 15-M y de la crítica a los defectos del llamado bipartidismo a la crítica radical a la transición y a la experiencia democrática denominada el “Régimen del 78” hay una derivada que resquebraja la legitimidad de la experiencia constitucional de las últimas décadas.

Si a estas divisorias añadimos el debilitamiento exógeno del Estado por los embates de la globalización, y el endógeno de la corrupción nos encontramos con un panorama de pronóstico reservado.

En este contexto, ¿qué podemos hacer los cristianos?

Primero, hemos de ser consciente de que la etapa anterior del episcopado español se caracterizó no por un servicio a la transversalidad, sino por la toma de partido y el antagonismo social. Habiendo sido agente de parte en la década del 2000, el episcopado hoy debe hacer un esfuerzo suplementario que necesita tiempo para recuperar puentes de diálogo. Partimos de desconfianza. No obstante, hay que hacer en varios ámbitos.

En primer lugar, la apuesta decidida por la Unión Europea. En determinados ámbitos cristianos ronda la idea de un ajuste de cuentas con el Estado, aprovechando su debilidad. No. Se trata de fortalecer el Estado, porque es garantía de derechos, de bien común, y sobre todo de poder a escala global para regular las fuerzas de la globalización. Eso sí, este fortalecimiento pasa por tres líneas: en lo individual, la ley interior, ética pública; en lo social, la radicación en la sociedad civil, que sabe mucho más que los políticos en muchos campos; tercero, en lo institucional, la apuesta por la forma interestatal que es la Unión Europea. Insisto en esta última en un momento en que la eurofobia y el neo-nacionalismo están en racha.

Los padres fundadores, Adenauer, Schumann y De Gasperi supieron comprender que para garantizar una paz duradera los europeos habíamos de dejar atrás la idea del Estado-nación y mirar más lejos. Así hemos vivido el periodo más prolongado de paz y libertad, seis décadas; hemos levantado el más avanzado sistema de protección social y de redistribución que el mundo ha conocido, hemos construido una unión política de una diversidad enorme de 28 naciones con historias antagónicas, lenguas y culturas diferentes y hemos creado un área de intercambio de personas, bienes y capitales que alcanza un espacio donde vivimos 500 millones de personas con una misma moneda, el euro.

No ha sido fácil hacer realidad este sueño. Más bien tortuoso. A partir de 2004 hemos encadenado sucesivas crisis. Primero la crisis institucional provocada por el rechazo a la Constitución europea en Francia y Holanda. En 2008 la gran recesión económica y financiera que tensó las relaciones Norte/Sur ante las políticas de austeridad y de recortes sociales, el Brexit y su impacto en la moral colectiva de los europeos, la insolidaria respuesta ante la crisis de los refugiados y los inmigrantes; y los ataques del terrorismo yihadista. Sin embargo, conviene recordar a Jean Monnet que decía: “Europa se forjará en las crisis y será la suma de las soluciones que se encuentren a dichas crisis”.

En este contexto la COMECE (Conferencias Episcopales Europeas) organizó un encuentro sobre Europa, el pasado octubre. Francisco, el papa, en su discurso, apoyó Europa. Pero también le reclamó la dimensión moral y espiritual. Subrayó varios puntos capitales sobre la aportación política de los cristianos a Europa: “recordarle que no es una colección de números o instituciones, sino de personas”, bien concretas. A menudo la persona humana “se reduce a principio abstracto”. “No hay ciudadanos, hay votos. No hay migrantes, hay cuotas. No hay trabajadores, hay indicadores económicos. No hay pobres, hay umbrales de pobreza”. Así, todo parece “más cómodo y más tranquilo”. La segunda contribución que subrayó, el “redescubrimiento del sentido de pertenencia a una comunidad” de ayuda mutua, inclusiva y solidaria, más que unirnos por meros grupos de interés. Persona y Comunidad.

En segundo lugar, estimular en otros y en nosotros el “extremismo del diálogo”, ser signo, testimonio de ese diálogo que cose y crea vínculo social. Hay que alentar la reflexión de la comunidad cristiana sobre la situación desde un talante de diálogo y constructivo, sin exclusiones, con propuestas. Por favor evitándose vagos moralismos. Es importante visibilizar públicamente

este diálogo. La aportación de la comunidad cristiana al país en esta hora no se trata de una reflexión de obispos con obispos. Sino que se trata de poner en juego todo el tejido social de la comunidad cristiana. La comunidad cristiana tiene aún una enorme implantación en la sociedad española, redes educativas, editoriales, presencia en acción social, en el mundo académico, universidad, movimientos sociales... Un capital simbólico y social a menudo ignorado no sólo por los actores públicos, sino también por la propia dirección de la Iglesia.

En tercer lugar, estimo decisivo poner en juego la transversalidad política de los cristianos desde la comunión de la fe, que, sin duda, es y debe seguir siendo meta-política. Hay cristianos en todas las opciones políticas. Quizá no se pueda llegar a acuerdos, pero sólo el hecho de mantener puentes de diálogo y cierta cordialidad es clave. Para ello es importante educar en la comunidad cristiana en la aceptación del legítimo pluralismo político de los cristianos. “Una misma fe puede conducir a compromisos políticos diferentes” que dice *Octogesima Adveniens* (OA 50). No sólo carga con contradicciones el cristiano en un partido de izquierda, también en uno de derecha, de centro o nacionalista. Otro requisito es la actuación del ministerio pastoral: debe serlo de comunión. No de parte. Y las iniciativas de la Iglesia en el ámbito de los medios de comunicación también. Muchas no contribuyen a la comunión, sino que exacerban el conflicto y el antagonismo, además de la descalificación, como es el caso de 13TV.

En el caso catalán ha habido posicionamientos de actores católicos donde no es comprensible la fusión entre fe y autodeterminación, menos aún en pastores, cuyo ministerio es de comunión, teniendo como misión servir a cristianos que tienen legítimamente sentimientos nacionales y opciones políticas diferentes u opuestas. Absoluta no es la nación, absoluto es Dios. La Iglesia catalana tiene un potencial de construcción de puentes dado que hay cristianos en todas las fuerzas políticas. El papel de la fe cristiana en Catalunya -como en el resto de España- es desacralizar la nación y subrayar la prioridad de la convivencia en la diversidad.

Finalmente, una mención a la cuestión de la Memoria Histórica, ante la que la Iglesia católica española no puede permanecer indiferente. Es clave caminar hacia una memoria histórica no de parte, sino reconciliadora. La Iglesia debe adoptar una postura más comprometida con la resignificación del Valle de los Caídos y en el apoyo a la búsqueda de restos y la exhumación de víctimas de la Guerra Civil. No sólo nos debe preocupar la dignificación de los nuestros, como se produce en las beatificaciones, sino la de todos.

6. Vivir en el Señor

Toca volver a san Pablo, a responder a la llamada a vivir en el Señor que no era lo mismo que tener una vida pietista. Era una nueva ciudadanía. La que hoy estamos llamados a actualizar en nuestra sociedad. Por aquí comienza realmente nuestra responsabilidad. Rom. 12 hace una síntesis de esta ciudadanía:

“Vuestra caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndoos al bien; amándoos cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros; con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; sirviendo al Señor; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen, no maldigáis. Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran. Tened un mismo sentir los unos para con los otros; sin complaceros en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; no os complazcáis en vuestra propia sabiduría. Sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos los hombres: en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres; no tomando la justicia por cuenta vuestra, queridos míos, dejad lugar a la Cólera, pues

dice la Escritura: -Mía es la venganza: yo daré el pago merecido. Dice el Señor, antes, al contrario: - si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien”.

Así sea.